

Auténtica Poesía

La poesía de Javier Tafur González tiene el paso ágil y fino. Algo así como una andadura de gacela entre los árboles del bosque. Cuando se la topa hecha libro ante los ojos, bien puede sentirse que se ha llegado a un país que linda con el sueño, a una tierra intangible aunque todo en ella sea real y se halle vecino al tacto. Porque reales son el amor y el olvido, y la azucena que no esperó la visita del poeta, y el viento que trae consigo pájaros y flores. Y reales son, asimismo, el limonero de la niñez, el gorrión que salta, y el ramo de claveles rojos que el mensajero lleva por la calle... Y la nostalgia que espera del lado izquierdo del pecho.

Es así, esta escritura, la imagen exacta del hecho poético, que, en la mejor de sus interpretaciones, consiste en transmutar el mundo aparente en ese otro ámbito que se abre más allá de la mirada y de las monos, y que a manera de halo que circunda las figuras sacras, se extiende en torno de seres y cosas, y hace que la amada sea más que amada y más rosa la rosa que tocamos. Es la trascendencia del límite, sin cuyo logro no habrá auténtica poesía.

Estos versos que hoy llena de gracia nuestra horas, fueron surgiendo a lo largo de una vida creadora de belleza. Muchos de ellos, probablemente, yacían semiocultos en la arena del tiempo, y ahora han sido rescatados por la luz. Es igual a cuando, yendo y viniendo por la orilla del mar, descubrimos conchas y caracolas nacaradas que saca a la superficie el juego intermitente de la ola que no cesa. Nos inclinamos a recogerlas, como ahora lo hacemos con estas estrofas, y la alegría del hallazgo nos ilumina, con la mirada, el corazón.

Meira Delmar.